

JOAQUIM CHANCHO

POLÍPTICOS 1975 - 1990

JOAQUIM CHANCHO

NOTAS

MUSEU D'ART MODERN
TARRAGONA, 1995

© JOAQUIM CHANCHO

La pintura no es un reflejo directo de la realidad. La pintura es una realidad de ella misma.

El pensamiento es el vínculo entre pintura y realidad: la consciencia de lo que vemos, de lo que hacemos, de lo que vivimos.

El pensamiento pictórico no describe ni interpreta la realidad. Tampoco no se alimenta de los sentimientos ni de las sensaciones. Cada vez que buscamos interrelaciones entre pintura y realidad, desde los sentimientos, nos sonreímos con la complicidad de haber hallado la llave que nos abra el cerrojo de nuestra ignorancia.

Los sentimientos, los estados de ánimo, son manipulables y, a la vez, fingibles.

Sentados ante una buena mesa podemos disfrutar del sentimiento de una agradable digestión. La necesidad de comer y beber. La necesidad de satisfacer los sentidos.

Del mismo modo, ante un paisaje sentimos satisfacción o indiferencia.

La pintura tiene que renunciar al buen gusto y también a la indiferencia.

La pintura es como un árbol que nace y crece, que puede dar sombra.

A menudo, el pintor se contagia de tantas referencias, que su trabajo se diluye en inútiles tentativas. Como si en realidad no existen otras alternativas que las del rumor de todo cuanto brilla con ostentación.

Hay tantos ardidés que es necesario cerrar la ventana y mirar hacia el interior de uno mismo. Volver a emprender el camino situándonos en el centro de nuestra credibilidad.

Hallar la necesaria distancia, aislándonos de las palabras y del significado de las cosas.

Abdicar de las ideas optando por la duda que nos confirme los límites de nuestro saber.

Configurar un lenguaje que nos permita hablar de lo que somos y de cómo somos.

El espacio, el límite entre árbol y árbol en la frontera de un bosque dibuja un paseo personal e intransferible.

Permanecer quieto, prescindiendo de los demás es la única posibilidad de equivocarse y de poder avanzar. Volver a mirar, compartiendo la mirada consigo mismo a fin de desterrar las referencias agónicas que se interponen en el espejo de nuestras decisiones.

Recuperar la mirada, la emoción de la pintura, sin estrategias ni protagonismos.

No querer ver aquello que no existe.

Contemplar el correr de los días, Vivir en el silencio del tiempo.

Cada vez que pretendemos justificarnos, perdemos la oportunidad de permanecer de pie, atentos al nexo que enlaza principio y fin.

El acto de pintar, el acto de vivir, nos sitúa en este centro, principio y fin de todos los actos.

Recuperar la memoria, la historia que nos pertenece, para no quedarnos huérfanos.

El acto de pintar rememora continuamente nuestra historia y la historia y tradición de la pintura. El pensamiento es memoria, espacio y tiempo.

Conocer para hallar el equilibrio. La ausencia de todo aquello que está presente en el mismo instante. Una presencia compendio de todos los pasados.

Un reciclaje ininterrumpido que nos sitúa en el cruce del presente y el pasado. Por ello ya no nos contentamos con continuar en el pasado por veneración ni nos alejamos de él por rebeldía. Comenzamos la tentativa desde el principio, desde la superficie desnuda. Si pintamos es porque, en este sentido, la pintura está, aún, por hacer.

Joaquim Chancho
Marzo 1995